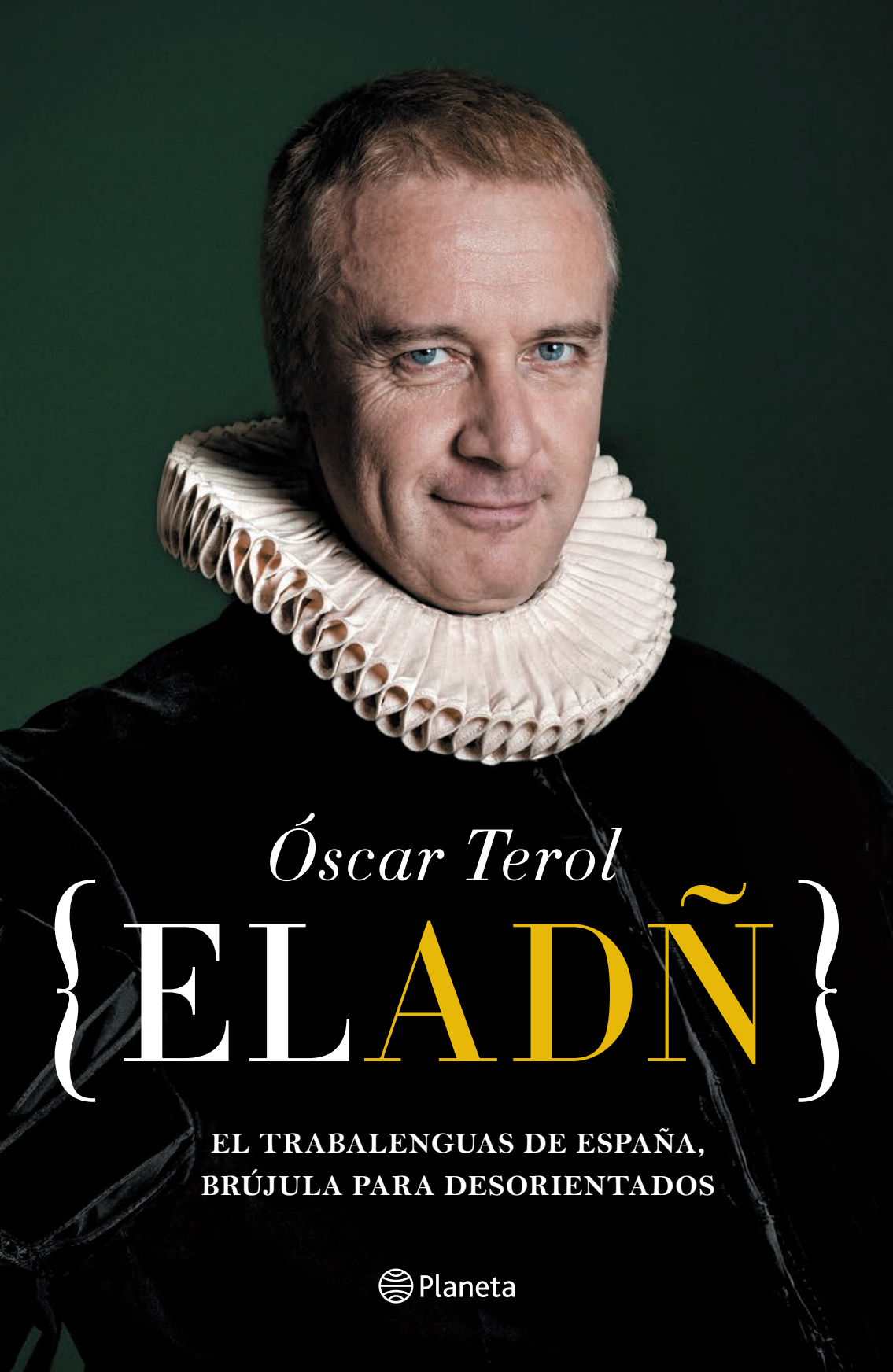

Óscar Terol

{ELADÑ}

EL TRABALENGUAS DE ESPAÑA, BRÚJULA PARA DESORIENTADOS

Planeta

Óscar Terol

{EL ADÑ}

El trabalenguas de España,
brújula para desorientados

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Óscar Terol Goicoechea, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño del interior y composición: © Cristina Serrano

Primera edición: enero de 2016
Depósito legal: B. 27.917-2015
ISBN: 978-84-08-14951-4
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: CPI (Barcelona)
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Parte I. Ubiquémonos

¿Existe España? 13
Bienvenidos a la segunda Transición 19
Test de españolidad 21
Entreacto 33
Perdonalario 35

Parte II. El mapa del genoma español

El ADÑ 39
Los cinco elementos 41
- El elemento Quijote (agua) 41
- El elemento Carmen (fuego) 42
- El elemento Sancho Panza (tierra) 42
- El elemento Lazarillo (madera) 43
- El elemento Celestina (metal) 44

Pequeño glosario de ensoñaciones más comunes del español medio 55
Merecido descanso 59

Parte III. Desgranando el ADÑ

No nos gustan nuestros símbolos de identidad nacionales 63
Yo y mi privilegio 71
Una miseria en cada pueblo 75
«Tengo un amigo que es un crac» 81
El pertinaz sentimiento de inseguridad 87

Siempre tenemos razón 91
Nos ponemos nerviosos ante un control de la Guardia Civil 99
La cochina envidia 105
Somos más de la Virgen que de Dios 109
Llevamos mal la excesiva virtud 111
Todos pensamos que algún día leeremos el *Quijote* 115
Somos de pueblo 123
El individualismo 127
No somos de preguntar 131
Queremos vivir de las rentas 135
Nos interpretamos 139
Nos cuesta hablar inglés 141
Tendemos al conflicto 145
Lo poco que conocemos Portugal 147

Parte IV. Superpoderes del español

1. La mirada perdonavidas 159
2. El aspaviento 161
3. ¡Cuidado, que mancho! 163
4. El ajo 165
5. Utilizamos el pan como cubierto 167
6. El humorismo 169
7. Resistimos el sol mejor que los extranjeros 171
8. La chapuza 173
9. El encasillado veloz 175
10. Aguantamos al alcohol mejor que los extranjeros 179
11. Podemos arreglar el mundo 183
12. Conocemos el valor justo de las cosas 187

Parte V. Nuevas adicciones y tendencias

Los tatuajes 197
El golf 201
La tontería del vino, la cerveza y el *gin-tonic* 203
La series 211
Los *selfies* 215
Nuevos partidos políticos 217
La tendencia a morir de éxito 221
- El jamón ibérico de bellota 222
- El aceite de oliva virgen extra 223
- Los Sanfermines 223
- El Camino de Santiago 224
- Los mercados posmodernos 224
- El turismo rural 225
- El hotelito con encanto 225
- Las reducciones de todo tipo 226

Epílogo 227

¿Existe España?

Podría ser más cáustico y preguntar abiertamente: ¿existió alguna vez España? O, ¿por qué no asomarnos al abismo?: ¿podrá existir alguna vez España? Qué liberación más grande, qué gozo se produce al cuestionar lo que es incuestionable para algunos. Lo cierto es que la palabra «España» lleva siglos buscando significado, y aún diría más: buscando a quien se signifique por ella sin provocar el menosprecio del vecino. Es una palabra errante, como la carpa de un circo que sueña con una plaza donde hincar sus estacas para empezar su función. También podríamos contemplar España como una trinchera realizada con sacos de arena de mil playas, o como un artefacto de la Guerra Civil abandonado que un niño encuentra en la orilla del río de su pueblo y enseña a sus amigos antes de informar a las autoridades. España es el todo y la nada jugando a la ruleta rusa a ver quién queda en pie y paga la ronda. Una contradicción constante y un contrasentido. Porque todos sabemos que detrás de algún que otro «¡viva España!» se camufla más de un español muerto a manos de un compatriota. Y por rematar con un natural: ¿no será España como esa rapaz malherida por un cazador furtivo, a la que intentan recuperar para la vida en libertad en un centro de rehabilitación atendido por voluntarios de una ONG?

Así es, o así somos: nos persigue un infortunio al que vamos esquivando con gallardía y cierto exhibicionismo. No en vano, los encierros de toros, la metáfora española más certera, siguen protagonizando los programas de las fiestas patronales de innumerables pueblos, y no tan pueblos. Desafiando todas las leyes de la lógica y desoyendo a la razón, seguimos soltando toros bravos, o vacas afiladas y resabiadas,

en callejuelas llenas de vecinos mal dormidos y con el único entrenamiento de «mi padre también los corría». ¡Viva san Fermín!

Ya lo decía Unamuno: «Me duele España». Lo que no dijo es en qué parte del cuerpo le dolía. Yo lo tengo claro: en los cojones. Dolor de patada, además. Pobre Miguel, tan español, tan inteligente, pero, como tantos otros, no pudo librarse de la sinrazón y el sufrimiento. ¿Será España una tragicomedia? Puede ser, con la peculiaridad de que la obra no está terminada. Y no sabemos si el argumento se encamina hacia la comedia desternillante o va a acabar siendo un dramón o una tragedia. La representamos a medida que se escribe, como se hace con las grandes películas. Incluso hay funciones en las que tenemos que improvisar porque el texto llega al día siguiente. Y es entonces cuando nos damos cuenta de que lo provisional, lo que hicimos ayer para llenar el vacío, va a ser definitivo, se va a quedar para siempre. Por eso España es algo provisional, un estado de ánimo que espera la llegada del argumento. Es por eso que pretender una definición lapidaria de España es un juego tramposo. Hay quien echa la vista atrás para sacar conclusiones, pero olvida el hecho de que lo que está ocurriendo en el preciso instante en el que está sentado lo define tanto o más que el pasado.

Atendiendo a lo que cuelga en los museos, que son los chivatos de la historia, y siempre con perdón de escultores y orfebres, somos un país de pintores, de buenos pintores. Atesoramos varios genios universales, un montón de genios nacionales y una miríada de genios locales.

Atendiendo a los informativos, que son los escaparates de lo que supuestamente somos hoy, España es un país de motoristas. Por mucho que se empeñen los de la Fórmula 1, el coche rápido nos queda grande.

Atendiendo a los que por aquí pasaron y dejaron su huella a lo largo de los siglos, España es un arca de «no es»: un batiburrillo de culturas, religiones, identidades y maneras de interpretar y violar un paisaje maravilloso.

Con tanta mezcla de sangres y orígenes, de raíces y sacramentos, ¿quién es el maestro que se atreve a orientar la brújula del sentir

patrio para ir casi todos a una? Porque «todos» es una quimera. Con una mayoría simple iríamos más que sobrados a las reuniones de la ONU. ¿Y hacia dónde orientamos el rumbo sentimental? ¿Al norte? ¿Al sur? ¿O dejamos la brújula dando vueltas en el kilómetro cero de la corte del Reino? Esa es otra, que aunque se tache a España, con razón, de república bananera, hay un rey en el que tenemos que creer aunque veamos a nuestros padres comprando los regalos. Porque es majo y porque su padre salvó la democracia de las garras del pasado reciente. Amén Jesús. Cuando un republicano convencido argumenta, vena hinchada en cuello, que hay que sacar al rey de la baraja, le endiñan esa entelequia de que es el mejor representante de la imagen del país y patatín patatán. Que digo yo que será imagen apetecible cuando va solo, porque si le acompaña Doña Letizia corremos el riesgo de parecer un país azotado por la hambruna. La reina es flaca, las cosas como son. Que yo no sé si nuestro régimen es la monarquía, pero que parte de la Monarquía está a régimen, eso está claro. Aunque, la verdad sea dicha, después de las instantáneas del padre del monarca, Don Juan Carlos, sonriendo con un paquidermo muerto detrás de su conciencia, cualquier foto que se haga Felipe VI mejorará nuestra imagen. Hasta vestido de faralaes y aleteando unas castañuelas conseguiría contratos para vender trenes en la Polinesia.

(Por si acaso he metido la pata con la Casa Real: «lo siento mucho, me he equivocado, no volverá a ocurrir». Si a ellos les sirvió, espero que la fórmula me exculpe a mí también, la Constitución otorga los mismos derechos a reyes y a bufones, creo recordar.)

Otra: ¡la Carta Magna! El manual de instrucciones que nos dimos —me hace gracia esto de «nos dimos», suena a: «nos dimos por…»— para dotarnos de herramientas que posibilitaran la feliz convivencia. Pues herramientas debe de haber, pero en este taller nadie sabe cómo se utilizan: el artesano jefe se ha jubilado y los hijos son más de Internet y subvención.

Un servidor, con toda la humildad de la que carece, aspira a que este libro, este evangelio ibérico que te está siendo revelado porque eres el elegido, sustituya a la actual Constitución del 78. Aunque estas primeras páginas siembren dudas desalentadoras y te hayan provocado ganas de lanzar objetos hacia mi persona, ten fe. Hay poso en el fondo del tonel.

Con este fregado patrio que nos asiste, ¿quién no se resbala? Si durante estos últimos años ha tenido que venir una cuadrilla de catalanes en pantalón corto para que renaciera el orgullo nacional. Han hecho más por la unidad de España cuatro o cinco futbolistas catalanes organizando el juego que toda la Iglesia y los políticos del Partido Popular con sus foros y fundaciones. Paradojas tenemos para exportar, más que pepinos. Gracias a los catalanes, todos a una dijimos: «¡viva España!». Qué bonito, como para no ser humorista...

Por cierto, que ya habían intentado anteriormente enorgullecernos de nuestro origen Plácido Domingo y José Carreras, que se juntaron con Pavarotti para hacernos creer que dos de cada tres genios en el mundo eran españoles. La intención era buena, no les faltó ímpetu, pero la regla de tres se quedó allí, en las termas de Caracalla. Después, nunca salieron las cuentas, llegaba Eurovisión y cuando un cantante español cantaba una canción que tuviera más de una sílaba, nos pasaba por encima cualquier país de esos que no tienen ni sol.

Siempre se ha forzado la máquina con esto de insuflar ánimo y orgullo a la tropa española. En Barcelona 92 parecía que tirando de voluntarios podías conseguir cualquier cosa, y se extendió a lo largo y ancho de la juventud española el concepto del espíritu del voluntariado como nueva religión. Creímos que, imbuidos por la diosa solidaridad, podríamos volver a reconstruir el imperio. Sí, muy bonito, pero en la final de los cien metros lisos siempre había ocho negros con unos muslos y unos brazos que se te hacían largos los diez segundos que dura la carrera de pura vergüenza que sentías al compartirla con ellos. Y si se colaba un blanco tirillas, era inglés,

que a base de fe y de creer en ellos mismos son capaces de ver un trampolín homologado donde tú y yo vemos un balcón.

Es por todo eso que me atrevo a afirmar sin que me tiemble el pulso que…

Españoles:
la Transición… ha muerto.